



manuel olimón nolasco

historiador

ANTECEDENTES DE LA REFORMA PROTESTANTE

II: ALEMANIA

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

1.- Una nación inexistente y una Iglesia decadente.

Alemania, a fines del siglo XV y principios del XVI era una región geográfica, no una nación identificada y menos aún un Estado nacional. Príncipes territoriales, terratenientes sin título de nobleza, caudillos de milicias, obispos, abades y clérigos de diversa categoría, ejercían de manera un tanto desorganizada su autoridad sobre grupos humanos heterogéneos. La mayoría de los habitantes de esa tierra eran campesinos, pero cada vez más, conforme crecían las ciudades y su importancia, dependían para su bienestar de una clase social emergente que le dio valor al intercambio comercial a base de moneda metálica y que se enriqueció en grado elevado constituyendo una nueva aristocracia, basada más en el poder del capital que en hazañas nobles o defensa de los pobres y las viudas como los caballeros andantes. Los comerciantes, interesados por abrir más mercados para la venta de mercancías no siempre destinadas para el sustento diario sino para el lujo y la ostentación, llegaron a dominar los espacios de decisión y a utilizar a las masas campesinas, empobrecidas y hambrientas, como "carne de cañón" de su ambición y rencillas.

En las ciudades (por ejemplo Hamburgo, Colonia o Munich) abundaban los clérigos, algunos con órdenes menores interesado sólo en gozar del fuero eclesiástico que se prestaba a más de un abuso y otros, sacerdotes ordenados sin vocación, formación específica y ligados a una fundación económica ("beneficio") que podría darles una especie de pensión vitalicia para mantener una vida mediocre. Algunos de estos eran, como la mayoría de los habitantes de esas ciudades ("burgen" en alemán, y por consiguiente, "burgueses") analfabetas y ociosos (curas de "misa y olla") y conforme la inflación debida al tráfico comercial y a la especulación de los productos se hacía sentir, tenían que acumular beneficios para obtener el nivel de vida al que se habían acostumbrado en tiempos

mejores. Este fenómeno llenó de altares los templos y de personajes de baja calidad humana que celebraban la Eucaristía "para sacar almas del purgatorio". No faltaban quienes, en lugar de sumar misas por los difuntos para mejorar su economía, decidieron ejercer un oficio, no siempre digno: zapateros, herreros, vendedores ambulantes de ropa o encargados de tabernas.

2.- Una religiosidad enfermiza.

El período fuerte de la evangelización de los pueblos germanos estaba muy lejos. Los días de San Bonifacio, de Wenceslao y de las fundaciones benedictinas habían quedado atrás. El cisma del papado, que dividió en dos obediencias al pueblo cristiano, una con su centro en Roma y la otra en Aviñón (sur de Francia) hizo que decayera no sólo la fama de los sucesores de Pedro, lejanísimos de su figura modélica, sino, en general, la de la vida consagrada, incluso la de las órdenes mendicantes (franciscanos y dominicos) que habían aportado, en el siglo XIII un hálito de frescura tanto en la doctrina como en la práctica de un estilo diferente a la mundanidad creciente. La ignorancia y la superstición se dieron la mano y los resabios de paganismo que habían quedado latentes, volvieron a cobrar vida en las masas populares amenazadas por pestes y plagas y por lo que se consideraba el tremendo poder del demonio que se entreveraba a las sucias calles y a los laberintos nocturnos de campos y ciudades.

La religiosidad se pobló de devociones que poco tenían qué ver con los valores del Evangelio: procesiones de flagelantes y ululantes (que se lamentaban aullando) poblaban los lodosos caminos de Alemania interior, la campiña francesa y los Países Bajos; los bosques volvieron a ser morada de gnomos, ninfas y hadas benéficas y maléficas. El miedo reinante había que conjurarlo mediante pócimas y fórmulas exóticas sólo conocidas por mujeres que podían adivinar y profetizar. Los cristos se hicieron sangrantes y con el cuerpo deforme y lacerado, distante de cualquier signo de resurrección; las visiones de monjas famélicas se difundieron como revelaciones tan auténticas como las del Nuevo Testamento. En pocas palabras fue el miedo y no el amor, la amenaza y no la esperanza los que establecieron su reino entre la gente.

3.- El otoño de la Edad Media y el invierno eclesial.

Transcribo algunas líneas de un clásico sobre esta época, "El otoño de la Edad Media" del historiador Johan Huizinga: "[...] Habíanse desarrollado tal cantidad de usos y de conceptos que llenaban de espanto a muchos graves teólogos...se recargaba la fe en sí y por sí. Los signos de la gracia divina habían aumentado: junto a los sacramentos andaban por todos lados las bendiciones; de las reliquias se había pasado a los amuletos; el poder de la oración habíase tornado una cosa

formal con los rosarios; la pintoresca galería de los santos aumentaba sin cesar en color y vida...Se afirmaba que la fiesta de los locos con la que se celebraba la entrada del invierno era tan santa como la fiesta de la Concepción de María...Se implantaron nuevas fiestas, algunas de ellas cuya liturgia era totalmente apócrifa...Existía una general inclinación a enlazar cada punto de la veneración a la Madre de Dios con un rito especial. Había misas especiales dedicadas a la piedad de María, a sus siete dolores, a sus hermanas María Jacobé y María Salomé, al arcángel San Gabriel, a todos los santos que formaban el árbol genealógico del Señor...Pierre d'Ailly propuso limitar las órdenes mendicantes. Su existencia es un prejuicio para las leproserías y los hospitales y para los realmente pobres y verdaderamente necesitados...Propuso expulsar de la Iglesia a los predicadores de indulgencias, que no hacen sino mancharla y ponerla en ridículo con sus mentiras..."

Esta realidad, compleja y triste, fue el caldo de cultivo de la reforma protestante. Las voces sensatas que pedían una reforma católica, el citado d'Ailly, Nicolás de Clemanges, Gerson y sobre todo la importantísima "Imitación de Cristo" atribuida a Tomás de Kempis, magistral crítica del tiempo, no lograron ser escuchadas. Y pasó lo que pasó. Al otoño siguió, invencible, el invierno.